

Nuestra Humillación Produce Exaltación

053

Lucas 18:11 *El fariseo, de pie, apartado de los demás, hizo la siguiente oración: * “Te agradezco Dios, que no soy un pecador como todos los demás. Pues no engaño, no peco y no cometo adulterio. ¡Para nada soy como ese cobrador de impuestos! 12 Ayuno dos veces a la semana y te doy el diezmo de mis ingresos”. 13» Pero el cobrador de impuestos se quedó a la distancia y ni siquiera se atrevía a levantar la mirada al cielo mientras oraba. En cambio, golpeó su pecho en señal de dolor mientras decía: “Oh, Dios, ten compasión de mí, porque soy un pecador”. 14 Les digo que fue este pecador —y no el fariseo —quien regresó a su casa justificado delante de Dios. Pues los que se exaltan a sí mismos serán humillados, y los que se humillan serán exaltados».*

Pensemos:

En ésta enseñanza de hoy, el Señor Jesús nos cuenta acerca del fariseo y el publicano que acudieron al templo a orar. El fariseo se sentía superior a otros y en una oración cargada de orgullo, expresaba su agradecimiento al Señor, por haberlo hecho diferente a otros hombres; haberlo colocado a su parecer en una clase aparte de los injustos, adúlteros, publicanos. Por el contrario, el publicano, se humillaba ante Dios, reconocía que había pecado y clamaba al Señor, por su perdón.



Muchas veces en nuestras vidas, actuamos con tanta prepotencia que llegamos a creer que somos superiores a los demás. Se trata del orgullo, que, asumido de la manera equivocada e inspirada por las tinieblas nos hace pensar que somos tan perfectos que merecemos honores y un trato muy especial de Dios por las obras, que a nuestro juicio son tan buenas como para no merecerlo. Es un sentimiento tan maligno que incluso nos lleva a la autosuficiencia para no depender o necesitar de nadie en nuestro camino. 213

Al convertirnos en individuos orgullosos que sólo miran hacia abajo tanto a las situaciones como a las personas que nos rodean, no podemos alzar nuestra mirada para contemplar, lo que sobre nosotros se encuentra: la presencia gloriosa de Dios.

Notemos que en el versículo 14 de esta lectura el Señor Jesús nos advierte en forma contundente el destino final de ésta historia: Fue el humilde y no el Fariseo quien llegó a su casa justificado porque el orgullo precede a la caída, como bien dice Prov. 16:18.

Por eso mismo en el capítulo 12:16 de la carta a los romanos, Pablo nos exhorta diciendo: “Vivan en armonía unos con otros. No sean tan orgullosos como para no disfrutar de la compañía de la gente común. ¡Y no piensen que lo saben todo!”

Y también nos presenta un ejemplo de sí mismo diciendo en Gálatas 6:14 En cuanto a mí, que nunca me jacte de otra cosa que no sea la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Debido a esa cruz*, mi interés por este mundo fue crucificado y el interés del mundo por mí también ha muerto.

Entonces si queremos tener un buen final en nuestra vida, y ser aceptos a los ojos de Dios, más vale que nos examinemos en nosotros mismos y nos despojemos de toda vanidad y orgullo. Y que en todo y por todo, sea el Señor glorificado.

Manteniendo una actitud humilde en todo momento, podremos cambiar la perspectiva para mirar lo realmente importante: al Dios amoroso, compasivo y misericordioso que se encuentra encima de nosotros y que sólo extiende su mano a través de los humildes para con los humildes.

Oremos:

Amado Padre Celestial, solo Tú que determinas la naturaleza de todas las cosas, tienes el poder para transformarme y liberarme del orgullo que al invadir mi corazón, me impide recibir tu favor y misericordia. Hoy me humillo delante de ti para recorrer bajo tu mano restauradora, ese camino que me llevará a convertirme en la persona que me has llamado a ser para glorificarte en todo y considerar a los demás como superiores a mí mismo. En Jesucristo el Señor, Amén.